

La Verdadera Pregunta

Por RAMON DIAZ



Los autores especializados en el tema del desarrollo económico suelen preguntarse: ¿cómo se explica que algunos países hayan quedado al margen del progreso material que han alcanzado las grandes potencias industriales? Y van respondiendo, cada uno a su manera. Para Rostow el secreto está en alcanzar una velocidad de despegue,

un problema semejante al despegue de una aeronave. Para Prebisch el rezago de los países de producción primaria se debe a que reciben cada vez menos recursos bajo la forma de productos industriales a cambio de los que entregan bajo la forma de alimentos y materias primas. Para los seguidores de Lenin, la explotación de los pueblos atrasados por el capitalismo, en su etapa final —un último recurso desesperado, antes de precipitarse en la nada histórica— es la clave de la desigualdad.

Son extrañas maneras de plantear la cuestión. Parte de la base de que la prosperidad y el desahogo económico representan lo natural en la historia de la humanidad, y la pobreza constituye lo extraordinariamente anormal. Pero eso es lo opuesto de la verdad.

Si los homínidos —antropoides erguidos que sabían encender el fuego— cuentan un millón de años sobre la tierra, apenas hace seis mil que, aquí y allá, dejaron de vivir al día. Recién entonces unos pocos empezaron a dar cumplimiento al mandato bíblico de enseñorearse sobre todas las demás especies del planeta. Antes su vida, al decir de Hobbes, había sido grosera, brutal y corta.

Las primeras civilizaciones surgen en el cuarto milenio A.C. El hombre civilizado logra conquistar un leve margen sobre las urgencias de la supervivencia cotidiana, y entonces las flores de la cultura y la urbanidad empiezan a retoñar. Pero todas las civilizaciones, con una única excepción, chocan en su progreso material con un techo tecnológico. Las conquistas más sublimes del es-

píritu coexisten con una total incapacidad para extender los beneficios del progreso más que a una pequeña élite. Hace apenas dos siglos que en Occidente, en medio aún de la miseria más atroz, se pone en marcha un proceso que en nuestros días será finalmente capaz, en un núcleo reducido de países, de vencer a la pobreza, y difundir a toda la población un elevado nivel de bienestar.

Si comparamos la trayectoria del hombre sobre el planeta a un viaje en ferrocarril de mil kilómetros, la civilización sólo se ha subido al tren faltando seis para el destino —en la última estación, ya dentro de la ciudad, como quien dice— y el progreso material sin tope visible que hoy presenciamos se trepó al convoy apenas en los últimos doscientos metros, ya dentro de la estación terminal.

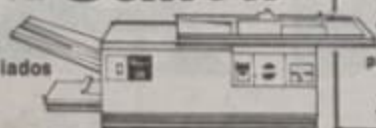
¿Y nos sorprendemos de que todos los grupos humanos no participen de unos logros tan singulares? Lo oportuno, ¿no será acaso inquirir qué cosa tan heteróclita hizo al hombre en algunos instantes maravillosos de la historia para saltar fuera de la barbarie? ¿Y qué secreto no menos estupefaciente permitió a un hombre civilizado en particular, al hombre occidental, romper la barrera tecnológica, y enseñorearse cabalmente de la Tierra? ¿No será más bien en el estudio paciente y minucioso de estos secretos donde podremos encontrar la clave que abra el camino de la prosperidad para los pueblos a los que aún permanece vedada?

En cuanto la primera incógnita —¿cómo surgió la civilización?— podemos dejar que Arnold Toynbee conduzca nuestros pasos. Para Toynbee la maravillosa llama de la civilización se enciende por un proceso de desafío y respuesta. ¿Por qué sí en medio de las arideces andinas y no en la fertilidad portentosa de la Pampa húmeda? ¿Por qué sí en el desierto, a ambas márgenes del Nilo, o entre el Éufrates y el Tigris, y no en las verdes riberas de la Dordogne? Toynbee nos propone esta respuesta: Porque las altiplanicies y laderas de la gran cordillera planteaban un género de dificultad, ausente en el suave ver-

Para un trabajo perfecto... en un clima que ayuda a vivir.

Nueva y revolucionaria
Fotocopiadora **Canon**

La maravilla electrónica
que fotocopia a ambos lados
en papel común.



IMPORTA
VENDE Y GARANTIZA
APSA
pionera en electrónica
de avanzada
Av. ITALIA 4230

Surrey



Lider
Indiscutido en
Acondicionadores
de Aire
Un modelo para
cada necesidad

Precio de contado sin competencia. Amplios planes de financiación.

dor de la Pampa, y sin él, sin ese aporte de as-
pereza, la chispa capaz de encender la llama no
podía saltar; así como tampoco podía hacerlo en
la dulzura del Mediodía francés, y sí donde el
gran río desafiaba a diario al austero habitante
del desierto, siempre con el mismo enigma: si
supieras mi secreto, yo cambiaría tu polvoriento
llenura en un vergel.

El economista no puede sino encontrar fasci-
nante la clase de respuesta que, bajo esta pers-
pectiva, se divisa como el origen de las civili-
zaciones mesoorientales, las más antiguas de la
historia. La respuesta al desafío de los hombres
de Egipto y de la Mesopotamia fue, en efecto,
ni más ni menos, un programa de inversión pú-
blica. La domesticación del río requería un gé-
nero de inversión económicamente inaccesible, no
sólo al cultivador individual, sino tampoco a la
aldea, ni a un esfuerzo cooperativo de la región.
Era una inversión, diríamos hoy, que sólo sería
rentable en gran escala. El secreto del gran río
consistía en que había que movilizar los recur-
sos de todo un gran pueblo, a través de la for-
mación de un estado.

Las civilizaciones que brotaron de esta peculiar
fricción del desafío y la respuesta se desarrolla-
ron en torno al palacio y al templo; como quien
dice, en torno a la casa de gobierno y a la ofi-
cina de planificación (no olvidar que los sacer-
dotes eran los tecnólogos y planificadores o vi-
ceversa). Fue necesario, para dar cohesión polí-
tica a un pueblo numeroso, deificar al nuevo
ente que se constituía, el estado, en la persona
del emperador. Esta deificación del estado, co-
mo todas las que se verificaron desde entonces,
tuvo el efecto de anular al individuo. Los poderes
creativos de la comunidad y su capacidad de
manejar información quedó librada a las fuerzas
de un grupúsculo dirigente. Y una vez agotados
los frutos de la gran empresa original, el creci-
miento económico perdió impulso y se estancó.



Tal vez la lección que nos ofrezcan las pri-
meras civilizaciones, desde el punto de vista de
la teoría del desarrollo, consista en señalar el
error básico que encierra la idea de ayuda eco-
nómica. La ayuda económica procura resolver las
dificultades iniciales del desarrollo, sobre la base
de que más tarde —cuando se haya alcanzado
la velocidad de despegue rostoviana— todo será
coser y cantar. Traspuesta al valle del Nilo In-
ferior, hace seis milenios, esta concepción habría
conducido a planificarles y financiarles a los ha-
bitantes de la región un programa de irrigación
y control de inundaciones. Y en matar la civil-
ización egipcia en el capullo.

Más interesante aún es la segunda de las cues-
tiones planteadas al principio. ¿Cómo hizo uno
de los hombres civilizados, el hombre occiden-
tal, para romper la barrera tecnológica que ha-
bía acotado estrechamente la capacidad de pro-
greso de todos sus antecesores? Para responder
es preciso inquirir cómo hizo Occidente para pre-
servar la autonomía del individuo, y escapar así
al destino de estancamiento que había signado
la evolución de todas las sociedades humanas.
Para ello es preciso rastrear el aporte helénico
en el plano intelectual, y el aporte hebreo en
el plano moral, fundidos en el cristianismo, y su
concepto novísimo de libertad. Pero ese ya es
el tema de otro artículo. □

bases sólidas proyección audaz

En la vida de todas las empresas,
lo que cuenta es la base.
Sobre cimientos sólidos crecen
y se desarrollan comunidades
organizadas, economías ascen-
dentes, expresiones culturales
que no se interrumpen.
Con estas bases nació la
Compañía Uruguaya de
Cemento Portland
que, incorporada al trabajo
productivo del país desde 1919,
continúa ofreciendo su
contribución al progreso y a
la afirmación nacional.

Fabricantes
de Cemento
"Artigas"

COMPAÑIA
URUGUAYA
DE CEMENTO
PORTLAND

capurro